

Hacia una sociedad sana

Yendo al grano

Hay un dicho inglés que afirma: “Cuida de los centavos y las libras se cuidarán solas”. Y así dice el sentido común: cuida ante todo de los detalles y de lo concreto.

Pienso que el sentido común, en su falta de sutileza, se equivoca. Más cierto es que, como reza el evangelio, nos conviene darle prioridad al Reino de los Cielos, y confiar que son los detalles los que se arreglarán solos.

Si los innumerables problemas que pesan críticamente sobre nuestra vida colectiva no son sino fragmentariamente remediabiles y ya que su solución aislada no nos acerca necesariamente a la mejoría de nuestra situación, se hace urgente que nos intereseamos y abordemos cuanto antes nuestro *meta*-problema.

Ya en el capítulo precedente he esbozado la proposición de que la raíz de nuestros problemas específicos y concretos está en la condición patriarcal de nuestra mente y de nuestra sociedad, y que este desorden de las relaciones intra e interpersonales es la expresión de una patología del amor.

Antes de proceder a una consideración de lo que podemos hacer para remediar tal situación quiero—a manera de anotación al párrafo precedente—citar lo que he ya he dicho en otras ocasiones a propósito de la mente patriarcal y del amor respectivamente.

Un diagnóstico

Una especie de locura parece estar inspirando la marcha de los asuntos humanos. Es algo que se hace cada vez más aparente y acerca de lo que muchos han escrito, emitiendo diversos diagnósticos. Muchos (Gabriel Marcel y Barbara Garson¹, entre otros) piensan que el peor de nuestros males es la tecnocracia, o el “totalitarismo tecnocrático”, como prefiere llamarlo Theodor Roszak. Willis Harman, en su libro *Una guía Incompleta para el futuro*, sugiere que todo ello tiene que ver con la mentalidad del hombre industrial. Señala que más allá de la tecnología y la maquinaria económica del capitalismo moderno, el modo de vida que de ahí se deriva implica una determinada *mentalidad*, y que es en ésta en la que debemos ver la causa de todas esas consecuencias que, pese a todas nuestras buenas intenciones, nos parecen tan difíciles de resolver. Recientemente Capra, en su libro *El punto crucial*, plantea que, más importante aún que la industrialización y el modo de vida que ésta trae consigo, es el racionalismo unilateral desde el que hemos estado mirando al mundo y contemplándonos a nosotros mismos.

A finales del siglo pasado, ya Nietzsche había apuntado las serias limitaciones del racionalismo, y en tiempos más recientes el tema reaparece con frecuencia, pero en general se acaba responsabilizando a Descartes y Aristóteles, lo cual me parece injusto. Aristóteles fue un iniciado en los misterios, y Descartes, aparte de habernos legado la geometría analítica, fue un hombre profundamente intuitivo y religioso. Resulta irónico que seres como ellos, tan poco “lineales”, acaben siendo presentados como los representantes principales de las limitaciones del pensamiento lineal. Con todo, sigue

¹ De mi libro *La agonía del patriarcado* Ed. Kairós

siendo importante que reconozcamos y pongamos en cuestión el hecho de haber estado manejando el mundo y nuestros propios asuntos a la luz de la razón únicamente.

Pero pese a la gran importancia de este tema, que plantea la necesidad de un cambio mental, dudo que con poner en la picota a la mentalidad super-racional que ha culminado en la actual era tecnológica hayamos identificado la última raíz del problema. Tiendo más bien a considerar sospechoso el sesgo excesivamente racional de este diagnóstico-- que parece implicar una interpretación uni-direccional de actitudes emocionales (como ambición y autoritarismo) y males políticos (como el nacionalismo y la hipertrofia de la burocracia), a las que se considera como meras complicaciones derivadas de una forma errónea de pensar.

Es por supuesto cierto que el conocimiento influye en el modo de sentir, y que la visión religiosa, filosófica y mítica del mundo, lejos de haber sido solamente fuente de liberación y de transformación positiva de la humanidad, ha servido también para justificar y encubrir actitudes y comportamientos patológicos. Pero con igual justificación podríamos considerar el racionalismo como fruto de la voluntad de dominio del mundo a través de la tecnología y como expresión de una actitud excesivamente manipulativa y codiciosa. El cientifismo antiespiritual y la tiranía del modo lineal de pensamiento bien pueden ser considerados como una especie de congelación del conocimiento en su faceta analítico-utilitaria, y ésta a su vez nos sugiere una ansiosa fijación en torno a la supervivencia, en detrimento del sagrado descanso necesario para la contemplación. Yo diría que la ansiedad —“la motivación deficitaria” de Maslow, o la libido pregenital (oral o anal) de Freud— existe en interdependencia con el vicio cartesiano propio de la era tecnológica.

Pienso, no obstante, que es válido aspirar a llevar cabo una explicación unificada de nuestros males cognitivos, emocionales y sociopolíticos, y en este espíritu planteo a continuación la idea que el “patriarcado” es la raíz común de la mentalidad industrial, del capitalismo, de la explotación, de la enajenación, de la incapacidad de vivir en paz, del expolio de la tierra y de otros males que estamos padeciendo.

Podría limitarme decir (como lo he hecho a lo largo de años) que la fuente de todos los males de nuestra sociedad y lo que nos ha llevado a la crisis actual es nuestra limitada *capacidad para las relaciones humanas saludables*. Seguramente no se me objetará que afirme que es nuestra limitada capacidad para amar--o, si se quiere, nuestra incapacidad para obedecer el mandamiento cristiano de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos--lo que nos impide mantener relaciones verdaderamente fraternales con los que nos rodean, y parecería suficiente reconocer que la limitación de nuestra capacidad amorosa genera una sociedad enferma con toda su cohorte de problemas secundarios. Pero podemos precisar aún más nuestro diagnóstico si nos centramos más exactamente en *lo que se interpone* entre nosotros y nuestra capacidad de hermandad: la palabra “patriarcal” invita a pensar que la razón por la cual fracasamos a la hora de crear entre nosotros relaciones fraternales, así como aquello que nos vuelve incapaces de amarnos auténticamente a nosotros mismos (privándonos así del natural flujo amoroso hacia los demás): en la persistencia de vínculos obsoletos de autoridad y de dependencia es donde se asienta la tiranía de lo paterno sobre lo materno y lo filial.

Decir que nuestro mal reside en el “patriarcado” equivale a decir que el problema es tan viejo como la propia civilización, y que para salir del atolladero tendríamos que poner en cuestión cuanto hemos venido haciendo casi desde siempre; cambiar unas estructuras tan profundamente arraigadas, que nos resulta difícil

diferenciar la naturaleza esencial del ser humano de nuestro actual modo de ser, producto del propio condicionamiento.

El tema del patriarcado fue introducido por el pensador suizo Johan Jacob Bachofen (1815–1887), cultivador de la filosofía de la historia y de la filosofía social, cuya obra acerca del régimen matriarcal sobre la religión originaria de Europa tuvo un gran influjo en los antropólogos posteriores así como en el movimiento feminista, en Nietzsche, en Engels y en otros autores.

Sorprende que Bachofen fuera capaz de descubrir la preexistencia de un mundo centrado en la figura de la madre, anterior a las civilizaciones patriarcales conocidas, partiendo únicamente de una información tan dispersa como escasa, como por ejemplo los datos sobre costumbres de diversos pueblos antiguos transmitidos por Heródoto y Tucídides. Con una notable combinación de intuición y erudición, llegó a formular una teoría de la evolución social que, según sus conclusiones, habría conocido tres estadios. Un primer estadio, “telúrico”, habría sido de promiscuidad y maternidad sin matrimonio; luego, como reacción a éste, habría venido un segundo estadio, “lunar”, donde se habría instituido el matrimonio como principio regulador y en el que las mujeres habrían asumido la propiedad exclusiva de los hijos y de la tierra —estadio que coincidiría con el asentamiento de comunidades en territorios estables y con el nacimiento de la agricultura—, y un último estadio, “solar”, el patriarcado, que habría consagrado el derecho conyugal paterno, la división del trabajo, la propiedad individual y la institución del Estado.

Joseph Campbell, en su introducción a la traducción inglesa de *Mito, religión y derecho materno*, dice que para estudiar mitología como lo hizo Bachofen era necesario “dejar de lado el modo condicionado de pensar, e incluso de vivir, propio de su tiempo”, y cita un comentario de Bachofen a su maestro (un esbozo autobiográfico escrito a su requerimiento): “Sin una transformación completa del propio ser, sin recuperar la antigua sencillez y salud del alma, es imposible alcanzar ni el más mínimo vislumbre de la grandeza de aquellos tiempos antiguos ni de su forma de pensar, de aquellos días en que la raza humana aún no se había apartado, como lo ha hecho hoy, de su armonía con la creación y con el creador transcendente”.

Maestro de la psicología de los arquetipos antes de que se inventara la palabra (él los llamaba “Grundgedanken”, “pensamientos fundamentales”), Bachofen ejerció una profunda influencia sobre Joseph Campbell, quien con toda la elegancia propia de su rango de profesor universitario habría de asestar un duro golpe al patriarcado al presentar de forma irónica el fanatismo centrado en torno a la figura del padre, propio del Medio Oriente, dentro del contexto universal de las religiones y la mitología de todo el mundo. Como no tengo la menor duda de que Joseph Campbell aportó un telón de fondo decisivo a la inspiración de la religión de la Diosa, en auge hoy en día dentro del movimiento feminista, creo que es apropiado considerar a Bachofen como abuelo cultural del mismo.

El influjo de Bachofen en la antropología fue enorme, a pesar de que hoy ese influjo es apenas visible, debido al hecho de que tras haber proporcionado un poderoso impulso a esa ciencia, entonces naciente, sus ideas pronto pasaron a ser consideradas pasadas de moda.

Pero después de que Morgan y otros inspirados por Bachofen hubieron estimulado a su vez a toda una generación de antropólogos a plantearse la cuestión de la evolución cultural, la comprobación de un “matriarcado” contemporáneo llegó a estimarse poco clara, y la confirmación antropológica de la visión histórica de Bachoffen, discutible. Tal vez por ello la antropología fue interesándose cada vez menos

en los estudios comparados, y se fue inclinando más en tratar de comprender las características culturales dentro del contexto significativo de la sociedad concreta en que aparecen.

Ciertamente, la antropología (y, dentro de ella, particularmente Malinowski y Margaret Mead) nos han familiarizado con muchas sociedades no-patriarcales aún existentes, pero no se sabe bien en qué medida el conocimiento de éstas nos acerca a un conocimiento real de las sociedades prehistóricas. El resumen más sobresaliente de cuanto se sabía acerca de pueblos y culturas con prevalencia de la madre cuando el tema comenzaba a perder interés para los especialistas, se puede encontrar en la monumental obra de Robert Briffault *Las madres*, publicada en 1927. Fue escrita en contraposición a la idea entonces prevaleciente de que la institución patriarcal era expresión de la ley natural, y en este sentido tuvo gran resonancia. A él debemos el desplazamiento del foco de interés en la *autoridad* de la madre al de la herencia por vía materna y a la cuestión de si la esposa reside tras el matrimonio en la casa del esposo o viceversa (patrilocidad o matrilocidad). Fue también el primero en formular la idea de que el matrimonio fue originalmente un contrato entre grupos, en el que se convenía que un hombre perteneciente a uno de ellos pudiera tener acceso sexual a cualquier mujer de otro u otros grupos, a la vez que se le negaba el acceso a las mujeres del suyo propio.

Más significativo aún que los descubrimientos antropológicos, ha sido el hecho de que las afirmaciones de Bachofen se hayan visto confirmadas por hallazgos arqueológicos en el Medio Oriente y en la vieja Europa prearia, sobre todo en conexión con la revolución agrícola sobrevenida en el Neolítico. En tales excavaciones, fueron desenterradas literalmente miles de figuras de mujer (bautizadas en ocasiones como Venus), mujeres embarazadas en las que los brazos y los pies apenas vienen representados, que no son casi más que vientres, y en las que incluso la cabeza no pasa apenas de ser el simple vértice de esa especie de triángulo formado por el cuerpo. Su aspecto iconográfico parece ser representativo de la capacidad de procreación de la naturaleza, y por toda Europa parece sugerir un sentimiento religioso muy extendido en torno a una divinidad femenina, una deidad creativa y procreadora relacionada con la fertilidad. Marija Giambutas ha llevado a cabo extensas y profundas investigaciones al respecto.

También en lo que hoy es Turquía se han desenterrado ciudades datadas en torno al año 6.000 a. C., en las que, a diferencia de lo que ocurre en las ciudades patriarcales posteriores, no hay signos que revelen que hayan existido en ellas guerras a lo largo de un período de unos quince siglos, antes de acabar siendo destruidas por efecto de las migraciones indoeuropeas.

La etapa histórica que vino a continuación nos es hoy bastante bien conocida. Los pueblos indoeuropeos fueron los conquistadores patriarcales que, en virtud de la supremacía que les confería el dominio de dos técnicas concretas —la doma del caballo y la metalurgia del hierro— llegaron a someter a las culturas “matrísticas” (por usar la expresión acuñada por Gimbutas en referencia al dominio cultural de los valores femeninos, y no a la supuesta autoridad de las mujeres que implica el término “matriarcal”).

No obstante, no es en el campo especializado de la arqueología o de la etnología donde la palabra “patriarcal” se ha dado más a conocer. No cabe la menor duda de que esta palabra viene íntimamente asociada al movimiento feminista. Pues aunque el patriarcal, por todo lo que representa, constituye algo así como el enemigo arquetípico de la humanidad desde sus comienzos, en un principio sólo pareció representar una amenaza para el mundo de las mujeres. Así, el libro de Eve Figs *Actitudes*

patriarcales, escrito en las primeras décadas del siglo, constituye un alegato contra la injusticia masculina. Se trata de una obra política que compara el chauvinismo machista con el antisemitismo y pretende enarbolar la bandera de la defensa de los oprimidos y los explotados.

Sólo posteriormente parece haberse impuesto la evidencia de que el enemigo arquetípico de la mujer merece también ser considerado como enemigo de los niños y, en cuanto que todos tenemos algo de niño, como enemigo de todos. Encuentro en el libro de Mary Daly *Gyn Ecology*, una referencia a la obra de Françoise Enbonne *Le Féminisme ou la Mort*, en la que ésta acuña la expresión “eco-feminismo” y sostiene “que está en juego el destino de la especie humana y del planeta, y que ninguna revolución dirigida por hombres podrá ser capaz de contrarrestar los horrores de la superpoblación y la destrucción de los recursos naturales”. Y continuando su reflexión en este ensayo sobre la “meta-ética del feminismo radical”, escribe Mary Daly: “Yo comparto esta premisa básica, pero el enfoque y el acento son distintos. Aunque me preocupan todas las formas de polución generadas por la sociedad falocrática, este libro se interesa sobre todo por la polución mental-espiritual-corporal que se deriva del mito y el lenguaje patriarcales en todos los niveles. Estos niveles abarcan desde determinados estilos gramaticales hasta el manejo del atractivo, desde los mitos religiosos a los chistes verdes, desde los himnos teologales que celebran la “presencia real” de Cristo en la sagrada Hostia al pregón comercial de la “sensación de vivir” de la Coca-Cola, o el etiquetaje trucado de los ingredientes de productos en conserva. El mito y el lenguaje fálicos generan, legitiman y enmascaran la contaminación material que amenaza con acabar con toda forma de vida en este planeta”.

Mary Daly sostiene que los siete pecados capitales en los que los Santos Padres de la Iglesia compendiaron la maldad de la naturaleza humana se dan dentro del contexto de la *falocracia* (nombre con que ella designa a la aberración patriarcal de la sociedad).

R. Eisler, sin embargo, ha acusado aún más explícitamente al patriarcado de ser el problema esencial de la humanidad. Recapitulando los datos fundamentales aportados por la investigación especializada, Eisler nos recuerda que el patriarcado, lejos de formar parte de la naturaleza de la humanidad, supuso una caída respecto de la condición paradisíaca prepatriarcal de la época neolítica. Esta autora presenta la idea de que hablar de “orden patriarcal” equivale a hablar de un mundo de dominación fundado en el predominio de lo masculino a través del poder, y que en esto debemos ver la aberración fundamental de nuestra cultura. La importancia de esta sola idea confiere a este libro un peso mucho mayor que el de una mera obra de divulgación histórica y antropológica, lo suficiente tal vez como para justificar la afirmación de Ashley Montagu de no haber recomendado nunca tanto un libro, ya que “merece ser considerado como la obra más importante aparecida desde *El origen de las especies* de Darwin”.

No es de Eisler, sin embargo, de quien he tomado la idea de que el patriarcado constituye la esencia de nuestro macroproblema. Mi interés por el tema data de mediados de los años cincuenta, y la fuente de mi inspiración es tanto más antigua como poco conocida: un artista y visionario chileno—Tótila Albert-- que ya era consciente de lo crítico de nuestra situación hace más de cincuenta años. Pero antes de decir más acerca de su visión de las cosas, compartiré mi más reciente explicación de nuestras “personas interiores”—que, me parece, se corresponden con nuestros tres cerebros y se expresan en diferentes maneras de amar. Inserto para ello a continuación lo dicho en las

“Jornadas sobre el amor” celebradas por iniciativa del Institut Gestalt de Barcelona algunos años atrás.

DEL BUEN AMOR Y DEL OTRO.*

Comenzaré celebrando la iniciativa de los organizadores de convocar un encuentro sobre este tema del amor y la terapia, porque me parece que es un tema que merece ser subrayado. La terapia tiene que ver con muchas cosas, de modo que se puede hablar de la *terapia y esto* o la *terapia y aquello*: la terapia y la comprensión de sí mismo, por ejemplo, o la terapia y el dolor, la terapia y la transferencia, etc. Pero la relación entre el asunto amor y el asunto terapia es más intrínseca. Se puede decir que todos los males que vienen a tratarse en la terapia emergen de un problema amoroso, que todos los problemas emocionales comienzan por una carencia amorosa en la vida de la persona. Aunque ahora que está desapareciendo esta palabra “neurosis”, me parece que nos ha sido muy útil en referencia a una raíz común a todas las perturbaciones emocionales, y sigue siendo cierto que el origen de las distintas neurosis—ya sea “sintomáticas” o “de carácter”— está en perturbaciones del amor, problemas del amor. Y la terapia tiene mucho que ver con el amor en su proceso. No es que baste el amor-- creo que no basta-- para que haya buena terapia; pero hasta los psicoanalistas están hoy en día bastante de acuerdo en que el insight no es el asunto más importante en la terapia psicoanalítica (que ha sido una terapia tan esencialmente orientada al insight a través de toda su historia), sino en la relación. Y cuando se habla de relación se quiere decir en forma científica algo que sería poco científico llamar “amor”, o cuando menos benevolencia. Y el fin de la terapia es también el amor, o al menos creo que no soy el único entre los presentes en pensar que a la felicidad se llega por el amor y que si la felicidad es propia de la salud, pasa por la capacidad amorosa, por el sanar la propia capacidad amorosa.

Ahora, entrando en mi tema específico de “Del buen amor y del otro”, supongo que cualquiera que viva en España o sea español se dará cuenta de que hay en este título una referencia al Arcipreste de Hita y a su “Libro del Buen Amor”. Pero no comparto la visión del arcipreste de que sólo el amor a Dios sea bueno. En aquella célebre obra se contraponen el amor a Dios con el amor carnal. Y la proposición que vengo a hacer aquí es que *ambos* son buenos amores, y que son dos componentes del buen amor, pues el amor no es una sola cosa. Desde cierto punto de vista podemos decir que los amores son muchísimos. Mendelssohn comentaba, a propósito del lenguaje musical, que no es que sea menos exacto que el lenguaje verbal, sino que es más específico, porque cada frase musical alegre expresaba una alegría algo diferente. De la misma manera posemos decir que los gestos del amor son innumerables. Podríamos decir que hay gente que ama a través de su capacidad de aprecio, hay gente que ama a través de su tolerancia,

hay gente que ama a través de la gratitud: son muchas las manifestaciones de la emoción que tienen que ver con el amor, pero me parece que así como todo el espacio puede ser descrito a partir de tres coordenadas, hay también tres elementos básicos en lo que llamamos amor, tres amores fundamentales.

Uno es el amor que podríamos llamar el amor freudiano, el **eros** -- amor íntimamente vinculado con la sexualidad que para Freud fue el amor básico, ya que la amistad era para él un amor erótico privado de su fin, y la benevolencia, una transformación del **eros**. Pero resulta más fácil y menos rebuscado pensar que en la benevolencia hay un amor diferente del *Eros* al que podemos llamar amor cristiano. Pese a lo que digan los freudianos no creo que cuando se habla de “amar al prójimo como a uno mismo” se trate de amor erótico sublimado. Más natural nos parece pensar que la generosidad y la empatía existen por derecho propio, por así decirlo, y es esto lo que en el cristianismo se ha designado como *cáritas*, o en griego **ágape**. Intuitivamente sentimos que ni la atracción sexual deriva, normalmente, de una actitud compasiva; ni la compasión deriva de la sexualidad; debemos, por lo tanto hablar de *eros y ágape*, o de amor y *cáritas*.

Pero también hay un tercer amor, que me parece tan diferente de estos dos como ellos entre sí y que merece ser reconocido como relativamente autónomo: el amor que está implicado en la amistad, y que para continuar acudiendo al griego, podríamos llamar **philia**, palabra a la que recurre Platón para algo muy diferente de lo que hoy en día llamamos amor platónico—que es una manifestación sublimada del impulso erótico. Se trata de un amor que bien podríamos llamar “Socrático”, pues aunque Sócrates use la palabra *eros* en referencia al amor a lo ideal-- a lo bello, a lo grande, a lo bueno y demás cosas que valen por sí mismas--éste amor a los ideales o a las ideas sólo por analogía es equiparable con la atracción amorosa entre los sexos. El amor a la justicia y el amor a lo divino, en mi opinión, no sólo difieren del **eros** en su objeto, sino en su naturaleza misma y en su calidad subjetiva: en tanto que lo erótico es apetitivo, este tercer amor, que subyace a relaciones que no son ni eróticas ni de ayuda o protección sino de amistad “desinteresada”, es valorativo. Podríamos llamarlo amor-adoración, pero en el ámbito de los sentimientos más comunes su manifestación típica es el aprecio. Se relacionan, entonces, los tres amores con el deseo, con la bondad (que culmina en la compasión) y con el aprecio—que se ve exaltado en la admiración y culmina en la adoración.

Podemos hablar en un amplio sentido del eros como un amor-goce: un amor que goza del otro, que se complace en la belleza del otro, y yendo más allá de una definición estrictamente ligada a la sexualidad, incluiríamos lo que el budismo llama *mudita*, que es un alegrarse de la alegría ajena, que es muy diferente de la benevolencia compasiva, que no quiere el sufrimiento ajeno. (Uno tiene más que ver con el *eros*, y el otro con el *ágape*).

Pudiera pensarse que la bondad es la más humana de las manifestaciones del amor, pero no sería exacto. Aunque la mayor o

menor generalización de la benevolencia es humana, en sus orígenes el amor-bondad estaba íntimamente unido al amor maternal, siendo una extensión natural de lo que siente la madre por las crías, (y hablo de “crías” antes que de hijos para aludir a algo no es propio solamente del hombre, sino de todos los mamíferos).

¿Es acaso, entonces, más humano el amor a los ideales que la bondad misma? A veces decimos de una persona bondadosa que es muy “humana” porque hemos llegado a hablar de “humanidad” para significar precisamente el amor benevolente, y en cambio asociamos el amor-adoración con el fanatismo y muchos actos “inhumanos”. Por el momento me limito a señalar que el amor valorizante o valorativo no deja de tener antecedentes o raíces biológicas, pues en sus comienzos este amor a lo grande (que contrasta con el amor maternal a lo pequeño) es muy propio de lo que se siente de niño hacia el padre.

Si la madre es la que nos da lo que necesitamos, satisfaciendo nuestros deseos, el padre es aquel al cual ella está mirando, aquel a quien la madre valora. La madre, que nos lo da todo, es la fuente original de los valores, pero también el modelo original respecto a lo que ha de ser valorado—y así ocurre como si la madre implícitamente delegase en el padre el orden de los valores, simplemente porque el niño percibe que ella le ama. Algo tiene que ver el ágape, entonces, con el amor de madre, y algo tiene que ver el amor a los ideales o filia con el amor de padre. Y digo que éste tiene una raíz biológica no sólo porque deriva de una situación arcaica o proto-psicológica en nuestra vida individual, sino porque la valoración se relaciona estrechamente con la imitación, que no sólo está en el origen de que seamos animales culturales, sino que es mucho más arcaica que la cultura y el lenguaje. Piénsese en cómo los pollitos siguen al primer objeto que se mueve en su entorno-- que puede ser la gallina pero puede también ser (como investigaciones sobre este fenómeno de “imprinting” han demostrado) una caja de zapatos. Como Lorenz observó decenios atrás en sus experimentos con patos, éstos quedan ligados de por vida al objeto en cuestión, que bien puede ser tan arbitrario como un reloj despertador.

Aunque los humanos somos inmensamente más complejos que los patos y las gallinas, de modo que en nuestro caso sólo podemos hablar de imprinting en un sentido metafórico, también nosotros tenemos una disposición innata a “seguir” a un modelo, y en nuestra vida adulta es claro que nos dejamos guiar por aquellos a quienes admiramos ¿No conocemos todos la experiencia de cómo, cuando uno estima a alguien se le pega su manera de hablar? Y seguramente recordaremos cómo, cuando niños, admirábamos al héroe de una película y luego, salíamos del cine caminando con su estilo.

La imitación es una propensión biológica que nos hace humanos, e imitando los sonidos emitidos por nuestros padres aprendemos a hablar. Y no sólo imitamos características individuales de nuestros padres: uno imita aquello que es generalmente admirado, y es precisamente a través de ello que se transmite la cultura.

Últimamente ha surgido una nueva ciencia, cuyo nombre aún no he escuchado en castellano—supongo que será *memética*, por analogía con

la genética--en la que se adopta el punto de vista de que la gallina sea el medio de perpetuación de los huevos, y nosotros, medios de transmisión de los genes. Este punto de vista, propuesto por Dawkins en la biología, ha inspirado un pensamiento análogo respecto a los memes, que son entidades culturales, como el lenguaje. Se propone, entonces, que las cosas ocurren como si las ideas nos utilizaran a los humanos para perpetuarse, y se transmiten a través de nuestra capacidad reproductora. Es una idea que está tomando mucho cuerpo, y ya se han escrito varios libros sobre la capacidad imitativa humana que hace posible esta supervivencia de los pensamientos y es tan inseparable de lo que somos. No sólo por que sea humana la imitación, sino porque la imitación subyace a lo que consideramos nuestra humanidad: bien se sabe que a las personas criadas entre salvajes o animales no sólo es el lenguaje lo que les falta, o la "cultura" en el sentido frecuente de algo extrínseco a la propia naturaleza, sino aspectos intrínsecos a lo que consideramos que es un ser humano. Pero cierro aquí mi digresión, para completar un pensamiento interrumpido: que hay un amor que tiene que ver con la madre, un amor que tiene que ver con el padre y un amor que tiene que ver con el hijo. Pues el amor-deseo es el más característico del hijo en la tríada original. El amor que se complace en la satisfacción de los deseos propios es uno que nos acompaña desde que nacimos, y podríamos decir que es el niño o niña interior en nosotros quien que persigue la satisfacción de su necesidad y busca su libertad.

Así como un célebre catalán-- Raimundo Paniker-- relaciona las tres personas de la Trinidad con las personas de la gramática-- el Yo, el Tú y el Él, otro tanto podemos decir de los tres amores. El amor deseo es un amor que se focaliza en el yo. El amor de madre se dirige al Tú. El amor 'transpersonal'-- amor a lo ideal o amor a lo divino-- alude a la relación con el Él. El amor-bondad, de carácter materno, que compartimos con los mamíferos (aunque no seamos todos tan buenos y generosos) es claramente más emocional, mientras que a veces se dice que es demasiado intelectual el amor valorizante. Si uno se une a una mujer porque la considera una persona excelente, por ejemplo, podrán decirle "yo creo que ese amor que le tienes es demasiado intelectual", sintiendo que le falta corazón. El amor erótico, por otra parte, es más instintivo.

Parece, entonces, que estos tres amores tuvieron que ver con nuestros tres cerebros. El cerebro instintivo con el *Eros*, el cerebro emocional o cerebro medio (que es el cerebro mamífero) con el ágape, y el cerebro propiamente humano o neocórtex con el amor valorizante, que mira al cielo (a diferencia del amor instintivo que mira la tierra, o el amor materno que mira a la cría).

Ya he explicado cómo entiendo los ingredientes del buen amor. Pero veamos ahora en que consiste el mal amor.

Tal vez pueda decirse que en último término todo es amor, de modo que podemos decir que sólo existen el buen amor y sus desviaciones, sus

perversiones. Yo, por lo menos, siento profundamente la verdad de esa línea final de la Divina Comedia que nos habla de “el amor que mueve el sol y las demás estrellas”: tiene sentido concebir al amor como la fuerza central no sólo de lo humano, sino de la Creación Universal. Cuando un periodista le preguntó a Einstein acerca de la incógnita más importante de la ciencia, contestó: “acaso el Universo sea bueno”; es decir: tras la creación puede que haya una intención benévola, o puede que no la haya. Pero por lo general los científicos se han conformado con preguntar menos, y nuestra concepción actual de la ciencia se caracteriza por la exclusión de la pregunta acerca del porqué de las cosas-- el aspecto teleológico al que se refería la pregunta por la “causa final” de los antiguos. Así, el concepto del amor universal distingue la percepción meramente científica de la percepción estética o poética, o metafísica o religiosa-- en fin, aquella que involucra el ‘otro lado de la mente’. Pero no es preciso que nos remontemos a la idea de un posible amor cósmico para preguntarnos acerca de los males del amor, que conocemos de primera mano.

En primer lugar se hallan los obstáculos del amor. Así, es obvio que el amor compasivo no es muy compatible con el odio. La rabia le cierra a uno el corazón. Y el miedo es antagónico respecto al amor erótico. Si alguien ha sido amenazado o castigado por sus deseos (y sabemos desde Freud cuán frecuentes son las fantasías de castración resultantes) termina no atreviéndose al placer. Tampoco se aviene la valoración del otro con la envidia, o con la competencia. Pero en general todas las pasiones interfieren con todos los amores. Todas las necesidades neuróticas interfieren con el amor.

Hay además falsos amores; hay falsificaciones del amor. Así, la compasión pudiera caracterizarse como una energía muy alta, uno de los más altos valores (y cuando dice San Juan “Dios es amor” seguramente se refería al amor compasivo, al amor benévolo), pero la mayor parte de lo que se llama bondad en el mundo humano es super-egoico—es decir resultado de mandatos internalizados de la cultura que dicen “debes ser bueno”, que implican una compasión obligatoria y una amenaza: “debes...y si no, te vas al infierno”. Y cada uno se condena a sí mismo implícitamente por no ser suficientemente bueno, y se manda efectivamente al infierno en vida. No es muy amorosa esta actitud, y lo que se llama compasión pocas veces pasa de ser resultado de la buena educación y del fingimiento.

Y el amor erótico también se falsifica. Así como existe un amor instintivo sano y verdadero, que es profundamente satisfactorio, hay un falso amor erótico que es como una moneda de cambio para conseguir amor, una forma de seducción en la que la sexualidad se pone al servicio de una sed de protección, inclusión o compañía. No es el instinto sexual el que impulsa a la persona en tales casos sino sus necesidades neuróticas, así como la de rehuir la soledad o la insignificancia—sólo que estas necesidades se disfrazan tras la máscara del eros.

¿Y no se falsifica el amor-respeto de forma semejante a como se falsifica la benevolencia? El mandamiento mosaico “honrarás a tus padres” se basa de la comprensión de que una persona sana siente un natural aprecio hacia aquellos que fueron los primeros “dioses” en su vida. Durante nuestra primera infancia, seguramente nuestros padres, que eran la muestra de lo que es un ser adulto, nos parecían tan gigantescos como de adultos nos parece lo divino o sobrenatural, y aunque lo hayamos olvidado, es significativo que nuestra vivencia de lo divino a través de la historia se haya formulado principalmente a través de las imágenes de nuestros progenitores. Por más que no pueda desconocerse que algunas veces los padres que a uno le tocan sean personas emocionalmente enfermas y por ello pésimamente dotados para su función, creo que encierra una gran verdad la observación del pitagórico Jámblico (reiterada por Gurdjieff) de que un buen hombre ama a sus padres.

Sin embargo, y pese a la verdad que encierra el cuarto mandamiento, ocurre que, tras tantos siglos de autoritarismo, el imperativo de amar a los padres nos infantiliza. No es un amor verdadero el que inspira el mandato social y familiar, sino amor servil; y más generalmente, se le rinde homenaje a muchas cosas-- tanto ideales como personas-- como parte de un gesto obediente.

Creo que no necesito demostrar o explicar el hecho, comprobable a través de la experiencia de todos, de que, por supuesto, los falsos amores también constituyen interferencias en el amor verdadero. Entrañan una malversación de la energía psíquica comparable a lo que ocurre con la nutrición y la energía biológica en un organismo que alimenta un parásito. Y el que “ama” sólo a costa de permanecer ciego a su autoengaño perpetúa su propia mentira y su inconsciencia—que son obstáculos de la vida auténtica y también del amor. Por lo contrario, cuando la persona empieza a conocerse a través de un proceso terapéutico o espiritual, tarde o temprano descubre que no ama de verdad, y sólo a partir del descubrimiento de su falsificación y de su vacío empieza a descubrir el amor verdadero. Pero una persona tiene que ser muy virtuosa para darse cuenta de que no ama, pues nuestro bienestar deriva en gran medida de sentirnos amorosos, y es mucho lo que invertimos en dar una imagen de buena persona. Es muy difícil, y aún heroico, despojarse de esa ilusión para luego saltar al abismo por el que misteriosamente se llega a la vida verdadera y sus valores.

Y hay amores eminentemente parásitos: amores que son carencias disfrazadas tras la máscara del amor. Esencialmente, son maneras de llenar el propio vacío, maneras de compensar las propias carencias con el amor ajeno. Y me parece que estos amores parásitos también son de tres clases, según el tipo de amor al que se orienta su sed.

Seguramente todos conocemos a personas que sufren y se pierden en una búsqueda exagerada del amor a través de las relaciones sentimentales o de la sexualidad, que tan estrechamente ligada está al

sentirse aceptado y valorado. Aún cuando lo que se busca a veces parece ser más el placer que el amor, creo que ello puede ser una ilusión que oculta una búsqueda no reconocida de amor a través del sexo.

Otras personas (que han sido más dependientes de sus madres, por lo general) buscan protección. Porque les faltó cuidado, andan por la vida como huerfanitos o como desvalidos, buscando el cuidado que faltó e intentando inspirar compasión.

Y hay personas que buscan sobre todo el respeto, personas que no buscan tanto “amor” en el sentido más común de la palabra, sino el reconocimiento o la admiración—por lo que dedican gran parte de su vida y energías a ser importantes. Es ésto lo que llamamos el “narcisismo” comúnmente—la pasión por que a uno lo quieran de ésta manera particular: que lo consideren importante, grande, superior.

Y claro, cuanto mayor es el amor parásito, es decir: cuanta más energía dedica la persona a su máquina de buscar amor, cuanto más ocupada está en conseguir amor, menos lo encuentra. Es como estar empujando una puerta que se abre solamente desde dentro. (Muchas veces he citado esta metáfora de Kierkegaard, que en alguno de sus libros observa que la puerta del paraíso solo se abre desde dentro). Por eso hay que llegar a apaciguar las pasiones, aprender a no empujar tanto, desarrollar una verdadera receptividad respecto a lo que hay.

Si terminara aquí mi exposición después de haber expuesto mis consideraciones acerca de los malos amores y de haber hablado sobre los ingredientes del buen amor, no me extrañaría que quedara la impresión de que no he dicho nada nuevo, pues aunque tal vez mi actitud inclusiva y la forma en que he ordenado las ideas pudiera pretender cierta novedad, no me parece que haya nada de nuevo en el repertorio de buenos y malos amores que les he presentado. Pero aún no he terminado, y me parece que la idea más novedosa que puedo aportar respecto al amor (y que es lo que me gustaría examinar más y en la práctica, ya en forma de taller), es la de que la salud y también la plenitud de la vida amorosa guarde relación con el equilibrio entre nuestros tres amores. Lo que implica que tal vez podamos avanzar hacia una manera de amar más completa a través de un análisis de la propia “fórmula amorosa”.

Todos tenemos una determinada fórmula. Algunos tienen mucho amor erótico y poca compasión, otros tienen mucho amor a lo divino-- amor devocional-- y poco amor erótico. Y me parece que el así llamado mandamiento cristiano (que no es en realidad sólo cristiano, porque está ya en el Deuteronomio y en el espíritu de la tradición judía antigua) apunta a justamente a la armonización de amores diferentes.

Seguramente todos los presentes recuerdan las famosas palabras de Cristo respecto a que toda la ley de Moisés puede resumirse en: “Ama al prójimo como a ti mismo, y a Dios sobre toda las cosas”, pero tal vez no hayan reparado en la triple consigna que suponen y en la alusión a los

tres buenos amores de los que hemos hablado. Pues en primer lugar Jesús (reiterando un precepto que ya se encuentra en el Deuteronomio) exhorta a amar al prójimo, amor benevolente, compasivo o materno. En segundo lugar, toma como elemento de comparación el amor a uno mismo, que es un amor a los propios deseos, a la criatura interna o animalito interior, un deseo de felicidad dirigido hacia nuestro ser instintivo equiparable al amor erótico o propio del hijo. Y en último término, Jesús nombra el amor a Dios, que es obviamente un amor apreciativo, propio del padre, que justamente encuentra en lo sagrado su expresión suprema como amor-adoración.

Pienso que esta idea de examinar el equilibrio entre nuestros tres amores, o tal vez su desequilibrio, pueda ser fecunda. Y que seguramente al emprender tal análisis nos daremos cuenta de que cuando alguno de nuestros amores falta o se ve subdesarrollado, tratamos de compensarlo a través de una búsqueda imposible. Así, uno puede estar amando a Dios desesperadamente para compensar su dificultad de amar a las personas de carne y hueso, o está uno buscando desesperadamente la plenitud a través del amor romántico cuando lo que le faltaría es abrirse más a la devoción, a sentimientos estéticos o a lo gratuito de los valores transpersonales. Más tarde les invitaré a cuestionar tales desequilibrios e intentos compensatorios que sólo perpetúan una situación insatisfactoria, así como a preguntarse qué se puede hacer para nivelar los tres ingredientes de la vida amorosa.

Quiero señalar que tampoco esta última idea es mía, pues la he adoptado de un compatriota, el poeta y escultor chileno Totila Albert, de quien más de alguno de los presentes me habrá oído hablar y acerca de cuya visión de la historia he escrito en “La agonía del patriarcado”. Allí he expuesto también su visión de lo que el llamaba el “Tres Veces Nuestro”, un mundo posible formado por seres que han alcanzado ese equilibrio interior entre sus partes “padre”, “madre” e “hijo”. Era tal “abrazo-a-tres” intrapsíquico lo que consideraba como la esencia de la salud y la condición de seres completos. En aquel en cuyo corazón se abracen el padre, la madre y el hijo con sus respectivos amores, naturalmente no habrá ni la tiranía del intelecto, ni el emocionalismo desequilibrado, ni la anarquía de la impulsividad— y creo que tenía razón al pensar que sólo a través de una transformación individual masiva podremos aspirar a una alternativa a la sociedad patriarcal y sus vicios arcaicos.

Termino, pues, con esta idea: que el verdadero buen amor precisa no sólo de buenos ingredientes, sino de una fórmula equilibrada. Naturalmente, cada una de las fórmulas del amor está relacionada íntimamente con algún tipo de carácter, (que a su vez está ligado a un déficit característico), pero aparte de recurrir al potencial transformador del conocimiento de nuestra personalidad, pienso que nos conviene atender a cómo estamos desnivelados en la expresión de nuestro potencial amoroso, y de acuerdo a lo observado buscar una manera de

reeducarnos - buscando las experiencias, influencias y tareas que puedan llevarnos a la superación de nuestras carencias.

LA PROMESA

He llamado “La promesa de una civilización moribunda” al primer capítulo de este libro sin llegar a formular en él tal promesa más que de forma implícita y predominantemente negativa: que podamos comprender y trascender nuestro ego colectivo patriarcal para que, completando nuestro desarrollo, sepamos sobrevivir al diluvio o al desierto que nos espera, de modo que nuestro progresivo “viaje por los infiernos” colectivo nos purifique, a la vez que nos haga más sabios, para así poder conseguir la salud de nuestras relaciones. De ese modo podríamos alcanzar a su vez, claro está, la plenitud espiritual que tantas culturas han intuido y que siempre anhelamos: ese “Reino de Dios” de los antiguos profetas, equivalente al “reino de los cielos” aquí, en la tierra.

Aparte de formular la esperanza de que la lección de nuestra historia nos despierte lo suficiente para la próxima transición hacia una condición humana liberada de los condicionamientos obsoletos de la psico-historia, quiero considerar más detenidamente la esperanza de una condición post-patriarcal, a través del ideal propuesto por Totila Albert de una armonía de nuestros componentes psico-biológicos “padre”, “madre” e “hijo/a”

Conocido en su juventud como escultor, primero en Alemania y luego en Chile, TA inició un viaje interior que le convirtió en “hombre de conocimiento” y llegó a dejar tras de sí una vasta obra poética (en alemán). Pero más que el arte mismo, en los años durante los cuales le conocí, le interesaba que la gente comprendiera el necesario naufragio del mundo patriarcal y el valor salvífico de aquello a lo que solía referirse como “el mensaje de los tres”.

A partir de su experiencia personal de una muerte psicológica y de un renacimiento espiritual-- que tomaron para él la forma de un viaje órfico precipitado por la muerte de su padre, TA consiguió equilibrar “sus tres” y esperaba que su poesía ayudase a la salud de las relaciones tanto intrapsíquicas como intrafamiliares de sus semejantes.

Podría decirse que fue central a su vida y obra la comprensión de lo que bien podemos llamar el “Misterio de la Trinidad” más allá del lenguaje específicamente cristiano: la capacidad de contemplarlo todo de tal manera que, en cada cosa o proceso, la realidad se nos manifiesta con dos caras, a la vez que comprendemos que entre tales “yin” y “yang” opera un tercer factor que no es positivo ni negativo, sino reconciliante: un “poder del vacío”.

TA veía nuestros “tres principios” ya en la estructura de embrión, constituido por sus tres “capas” (ectodermo, mesodermo y endodermo), así como en la estructura de la familia, y también en un nivel transpersonal o cósmico- pues somos “hijos del cielo y de la tierra” por cuanto somos seres materiales y mentales, capaces, potencialmente, de identificación tanto con lo trascendente como con nuestra “madre naturaleza”. Y comprendía Albert la historia como una sucesión de etapas en las que hubimos de

incurrir en sucesivos e inevitables desequilibrios - pues nuestra supervivencia o evolución así lo requirieron .

La visión de la historia de TA está implícita en la que he presentado ya en el capítulo precedente. El imaginaba que en la fase más arcaica de nuestra evolución colectiva vivimos mas que nunca algo así como una anarquía darwiniana, en la que los más fuertes y duros pudieron superar los peligros de la escasez. Según Tótila, a este “barbarie” de nuestros remotos antepasados nómadas que se desplazaban a través de las estaciones del año siguiendo al sol, se refería lo que en la mitología antigua se consideró la edad dorada. Él la llamaba “filiarcado” por su énfasis en los valores de la juventud (piénsese en los esquimales que en su migración abandonaban a sus padres ancianos y débiles por el camino) .

También la organización de la sociedad en torno a los valores femeninos (y por ende al sentimiento comunitario) era visto por Albert como un desequilibrio necesario, a diferencia de aquellas feministas que han querido concebir nuestra etapa matrística como un paraíso. Por algo sobrevino la revolución patriarcal, después de todo, cuando una nueva conciencia, que pugnaba por expresarse, optó por apoderarse del poder. Ya sabemos a través de la historia de la antigüedad cómo, por una especie de maldición del poder, la dominación patriarcal degeneró y a la vez se entronizó – hasta transformarse en la actual autoridad aparentemente anónima de unos pocos tras la pantalla de la leyes del mercado.

“No hemos vivido aún la armonía de nuestros Tres” decía Tótila Albert, quien para eso que los profetas llamaban el “reino de Dios” prefería la expresión “El Tres Veces Nuestro”, con un significado de algo así como “nuestra santa realidad trina” – en implícita referencia a nuestro tradicional padrenuestro.

Durante los años de la dictadura militar en Chile se destruyó, desgraciadamente, un bajorrelieve de TA de 7 metros de largo, situado en la fachada de un escuela-hogar fundada por el presidente Pedro Aguirre Cerda, en el que plasmaba esta idea y a la vez una experiencia visionaria suya al comenzar su camino interior: la imagen de un cóndor que vuela con la familia humana sobre sus alas y bajo sus garras: el padre, en el ala derecha, apunta al cielo; la Madre, en el ala izquierda, apunta hacia abajo, a la tierra, y el hijo, llevado en vuelo por el cóndor entre sus garras, apunta con su dedo índice hacia adelante.

(ilustración)

Sólo muy lentamente he ido comprendiendo la importancia de la formulación propuesta por TA de un ideal que no contempla únicamente la plenitud y el equilibrio, sino la comprensión de tales como una condición de recíproco “amor a tres”; y a medida que pasan los años me parece cada vez más relevante hacer llegar a terapeutas, educadores y guías espirituales este desideratum de la vida psíquica e interpersonal.

Voy también comprendiendo cuánta razón tenía Tótila en su crítica al cristianismo histórico por su complicidad patriarcal – al apuntar sólo hacia el mundo interno del individuo y descuidar la aberración de las relaciones humanas en la familia.

Me parece que la visión de la condición social sana como aquella de equilibrio entre lo paterno, lo materno y lo filial, va mucho mas allá del ámbito de la política de las

relaciones-- entre los sexos o las generaciones, e imagino que no sólo pueda ser inspiradora tanto para lo terapéutico-espiritual y para la filosofía de la sociedad, sino para la educación en el tercer milenio. Terminaré con algunas reflexiones acerca de cómo pudiera tal visión entenderse en lo relativo a una concepción no patriarcal del gobierno.

POLITICA TRICEREBRADA.

Decir que la sociedad sana a la que nos convendría aspirar sea una humanidad despierta, integrada por seres conscientes y equilibrados, es importante, pero poco nos dice acerca de un sistema alternativo – es decir, acerca de la deseable transformación de nuestras instituciones.

Queriendo enterarme acerca de lo que dicen hoy en día los críticos informados del sistema respecto a cómo podríamos vivir mejor, he leído recientemente el libro de David Korten, relacionado con este tema, que ha titulado “El Mundo Post-Empresarial”, y he encontrado que también en éste libro gran parte de la propuesta se refiere a la optimización de la conciencia individual y que sólo hacia el fin del capítulo trece trata de decisiones respecto al *modus vivendi*, y aún aquí comienza con una cita del teólogo Mathew Fox en la que se pone de relieve la primacía de lo espiritual, que, como sabemos, no puede llegar al mundo sino a través de cada uno de nosotros. Dice: “El vivir y el subsistir no deberían ser separados, sino fluir de la misma fuente, que es el Espíritu. Espíritu significa vida, y tanto la vida como el ganarse la vida entrañan el vivir con profundidad, significado, propósito, alegría y la conciencia de contribuir a la comunidad”².

Pasa luego Korten a dar cuenta de las consideraciones de Alicia Gravitza, directora ejecutiva de COOP América, un organismo que se interesa por el buen uso del poder económico. Su visión de una vida sana y deseable se resume en las siguientes consideraciones:

Un medio seguro de subsistencia que pueda cubrir nuestras necesidades materiales básicas y darnos el respeto de la comunidad.

Una familia apoyadora, amigos, y una comunidad pacífica y segura que nos permitan explorar y desarrollar nuestra capacidad de establecer relaciones amorosas.

La oportunidad de aprender y de expresar nuestra conciencia de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, tanto en forma intelectual como artística.

Buena salud física, así como la oportunidad de participar en actividades atléticas, en el baile y otras actividades que nos lleven a sentir cómo la energía de la vida vibra en nuestro cuerpo.

Un sentimiento de pertenencia al lugar, la comunidad y la vida que no excluya la libertad de tomar decisiones—y a veces desplazarse y explorar sin obligaciones locales.

Un medio ambiente limpio y sano, vibrante con la diversidad de la vida, y

La perspectiva de que nuestros hijos tendrán oportunidades semejantes.

² Matthew Fox-The Reinvention of Work: A New Vision of Livelihood for our time (San Francisco Harper Collins 1994, pp1-2

Asegura el citado autor que los ítems enumerados son compatibles con los medios naturales y tecnológicos de toda sociedad, lo que es un alivio saber, ya que han pasado tantos años desde los cálculos en que se apoyaba Buckminster Fuller para asegurarnos lo mismo en la década del 70.

En un reciente libro³ que lleva como subtítulo “¿Un mundo mejor es posible?” los miembros del Foro Internacional sobre Globalización (IGF) continúan la reflexión acerca de una “una sociedad sostenible” iniciada en Seattle y reducen a diez los asuntos fundamentales que caracterizarían una sociedad funcional. Comienzan con aquél de la “**Nueva Democracia**” –expresión en la cual la palabra “nueva” alude a algo más que las usuales elecciones de representantes. Considerando situaciones como aquella en que los directores de empresas sólo se guían en sus decisiones por la ganancia inmediata que les traerá una tala de árboles, por ejemplo, sin tomar en cuenta el coste de inundaciones o perturbaciones en la accesibilidad del agua que tal elección traerá consigo para los demás, o, más generalmente, considerando el hecho de que hoy en día asuntos de salud pública, de trabajo, medio ambiente o las reglas del comercio exterior resultan de las presiones de las empresas a través de negociaciones secretas en ciudades remotas en las cuales los intereses de aquellos en quienes recaen los costos de tales decisiones no tienen vigencia, los autores de este libro ven la necesidad de un sistema de gobierno “que dé a aquellos en quienes recaen las consecuencias el derecho a voto en las correspondientes decisiones”. Hoy en día ocurre más que nunca – según señalan – que vemos en forma institucionalizada una forma de propiedad *in-absentia* en que los accionistas en cuyo nombre actúan las empresas no son responsables por el daño que sus acciones puedan traer consigo para con otros –por mucho que se exalte retóricamente la democracia como el espíritu dominante de los países desarrollados.

En segundo lugar, los autores de “Alternativas a la Globalización Económica” introducen el término *subsidiarity* (**subsidiariedad**) en referencia al principio de que es mejor el control local sobre decisiones que recaen en una región dada, de modo que “Sólo cuando la acción necesaria no puede ser satisfecha normalmente, debería el poder y la actividad transferirse al nivel superior siguiente de la región, de la nación o del mundo. Se respetaría de esta manera el principio de que la soberanía reside en el pueblo y que la autoridad legítima fluye hacia arriba desde el pueblo, de modo que la autoridad de los niveles más alejados de administración es *subsidiaria* o subordinada a la autoridad local y ciudadana. En otros términos, este principio reconoce el derecho inherente a la autodeterminación de las comunidades y naciones dentro de los límites de no infringir los derechos de otras comunidades.”

En este punto, como en el anterior, se trata de un movimiento contrario a los excesos del dominio jerárquico, tan presente en la violación de la democracia como en la violación del autogobierno en aras de economías o gobiernos excesivamente centralizados.

En tercer lugar, los autores del Forum sobre la Globalización plantean un principio de **Ecología Sostenible**: debe procurarse la satisfacción de las necesidades reales de quienes viven ahora, sin comprometer la capacidad de generaciones futuras de poder satisfacer las suyas y sin empobrecer la riqueza de la vida o perturbar los sistemas naturales de autorenovación del planeta.

³ Alternatives to an economic Globalization (A Better World is Possible). A Report of the International Forum on Globalization).

Así como podemos decir que los primeros dos asuntos son antídotos a la opresión, en este tercer asunto nos encontramos con un antídoto a la falta de cuidado de nuestra descendencia, por una parte, y por otra de la naturaleza. La formulación de este principio se inspira, naturalmente, en lo que ocurre ahora, cuando la globalización ocasiona daño al ambiente por el excesivo consumo, la excesiva explotación de recursos y por problemas de eliminación de desechos.

El próximo asunto, que los autores designan como **Herencia Común**, hace referencia a “los recursos que constituyen un derecho colectivo de nuestra especie y deben ser compartidos equitativamente entre todos”. Por recursos comunes aluden no sólo al agua, el aire, la tierra, bosques y pesca de los que depende la vida de todos, sino a los servicios públicos que los gobiernos proveen para sus poblaciones en materia de salud, educación, seguridad y previsión.

Es natural que toda visión de lo que sea la salud, tanto en lo social como en lo individual, y no sólo en lo psicológico sino también en lo biológico, es algo que llega a comprenderse en términos de las patologías o problemáticas. En este caso, los autores son llevados a formular el tema de los “recursos comunes” a la vista de los excesos de la privatización en nuestra era de la economía global. Como en el caso de los asuntos anteriormente comentados, el asunto subyacente es el amor, y podemos decir que es la sana disposición amorosa del ser humano lo que nos hace intuir un derecho natural. “Los intentos de personas o empresas de monopolizar la propiedad de un recurso esencial de nuestra herencia común como el agua, cierta variedad de semillas o un bosque, excluyendo las necesidades de otros, deben ser considerados inaceptables.”

El próximo tema es el de la **Diversidad**, y llegan los autores a su formulación contemplando el empobrecimiento de la diversidad biológica, por una parte, y por otra la homogeneización cultural que está trayendo consigo el mundo de los negocios. Respecto a esta diversidad me parece que sólo la percepción de valores intrínsecos en la naturaleza o en la cultura puede inspirar una protesta contra las aparentes ventajas y conveniencias que significa para el comercio el transformar las cosas en productos homogéneos. ¿Qué sabe de estas cosas una persona enajenada? ¿Con cuánta pasión puede una persona enajenada defender la diversidad de las culturas, de los estilos arquitectónicos, de las lenguas o de las ideas cuando ha sucumbido a la adicción de su empresa competitiva?

El siguiente principio que identifican los autores del Forum Global es el de los **Derechos Humanos**. Comienzan por señalar que en 1948 los gobiernos del mundo adoptaron conjuntamente la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que estableció ciertos derechos fundamentales como el de un nivel de vida satisfactorio en materia de salud y bienestar, lo que incluye alimentación, vestimenta, vivienda, cuidados médicos y servicios sociales necesarios –incluida la seguridad en caso de desempleo. Observan los autores, sin embargo, que el debate sobre los Derechos Humanos en los Estados Unidos ha enfocado específicamente los derechos civiles y políticos descuidando los económico, sociales y culturales. Por ejemplo: si estamos de acuerdo en que cada persona tenga derecho al agua potable, eso lleva a la conclusión de que el agua no debe ser privatizada para luego ser vendida a precios de mercado, y que debería ser obligación de los gobiernos garantizar el acceso a ella. “Reconocemos que muchos gobiernos son corruptos e irresponsables, pero eso no nos lleva a la conclusión necesaria de que el sector privado garantice mejor nuestros derechos.”

El asunto siguiente es semejante, pues se refiere también a Derechos Humanos sólo que en materia de **Trabajo y Empleo**: el derecho a trabajar, el derecho a elegir empleo, a encontrar condiciones de trabajo justas y favorables, y el derecho de protección ante el desempleo.

También el próximo asunto, referente a alimentos que no sean nocivos, es un asunto de Derechos Humanos que se ha visto violado últimamente debido a que las tendencias explotadoras han superado la voz de la solidaridad.

A continuación, los miembros del citado foro hablan de **Equidad** como alternativa al abismo siempre presente entre países ricos y pobres, a sí como a la distancia entre pobres y ricos dentro de la mayoría de los países - y a la que existe entre hombres y mujeres. Señalan que la globalización económica ha afectado adversamente y en forma desproporcionada a las mujeres, pues ellas constituyen la mayoría entre quienes trabajan en las cadenas de producción globales, ya sea en fábricas o en plantaciones, y son además las principales trabajadoras domésticas, aunque no reciben pago por tales servicios. Agregan: “Y así como en el nivel inferior de las cadenas de producción encontramos principalmente mujeres, los altos ejecutivos y burócratas globales son principalmente hombres, con lo que se refuerza la escala de pago desigual.”

Es fácil estar de acuerdo con ellos cuando dicen que las rupturas y tensiones sociales que resultan de ello han estado entre las mayores amenazas a la paz y seguridad en el mundo.

Mayor equidad, tanto entre naciones como dentro de ellas, reforzaría tanto la democracia como la formación de comunidades sostenibles.

Por último, los autores formulan un principio que llaman de “**Precaución**” en reacción a la situación actual, que requiere que los gobiernos presenten una prueba categórica de daño antes de poder suspender la distribución de ciertos productos o la aplicación de ciertas tecnologías. Tal política es antagónica al deber de los gobiernos de proteger a sus ciudadanos y si hubiera estado en efecto en los años 50 la administración de alimentos y fármacos norteamericana (FDA) no habría podido prohibir la talidomida, que causó deformidades severas en miles de bebés nacidos en los países donde el fármaco había sido aprobado. Dicen: “La adopción del principio de precaución es esencial, si es que los ciudadanos han de tener el derecho a decidir a través de sus representantes a qué riesgos han de someterse o a que riesgos han de exponer al medio ambiente.”

Me parece claro que todo esto es simplemente la expresión del sentido común y una actitud saludable. No es necesario ser un experto para estar de acuerdo con lo que parece la expresión natural de una intuición de la justicia, y lo que sentimos que simplemente es una cuestión de humanidad o una condición libre de la infección parásita de la mente por la codicia, el engaño y otras aberraciones. Si hablar de estas cosas entraña cierta sofisticación intelectual, ello es tan sólo porque se hace necesaria tal sofisticación para penetrar la retórica de la fraudulencia que envuelve el presente estado de cosas. Las condiciones o principios enumerados por los miembros del Foro Internacional sobre Globalización, por tanto, son perfectamente congruentes con la descripción de la salud que he planteado

ya anteriormente, al subrayar que éstos constituyen corolarios de los tres grandes valores enunciados en mi “teoría tricerebrada del amor: la búsqueda de la felicidad, un aprecio de la bondad y una capacidad de reverencia.”

Pero, ¿no es posible derivar alguna inspiración política a partir de la visión de nuestra estructura trina-- en cuanto a tricerebrados nacidos de padre y madre? O, para preguntarlo de otra manera: más allá de la formulación de cosas deseables a partir de la contemplación de las realidades concretas indeseables ¿Acaso no podemos formular corolarios más universales a partir del modelo trino de la mente y concebir en forma general cómo sería un mundo gobernado “a tres voces”-- es decir, en consideración a las necesidades y las contribuciones de *nuestros Tres*?

Aquí van mis reflexiones sobre la alternativa a nuestra forma patriarcal de gobierno.

Está de más decirlo, y por ello justamente resulta un buen punto de partida: el gobierno patriarcal es jerárquico, y cristaliza en cadenas de mando.

Si hemos de pasar del dominio del “padre absoluto” a un equilibrio de poderes entre las tres componentes de nuestra naturaleza, ello significaría pasar de la organización jerárquica a una organización heterárquica de la sociedad (así como de nuestra mente).

Contrasta con la forma de gobierno patriarcal la forma “matrística”, que persiste hasta hoy en culturas matrilineales y tribales, en las cuales la autoridad se asienta en el grupo o comunidad más que en jefes carismáticos o expertos (a ello se refería Engels con su concepto de un “comunismo original”).

Naturalmente, a través de toda la historia hemos conocido una polarización entre los partidarios de la autoridad central y los partidarios de la autoridad popular o democracia, pero siendo patriarcal la historia del mundo civilizado, el ideal democrático se ha expresado en la realidad política mucho menos que el ideal jerárquico.

No cabe duda, sin embargo, de que la mayoría de la gente está de acuerdo en que no sólo la tiranía de individuos ha sido una mala cosa, sino que también sería una mala cosa la tiranía de grupo. (El historiador Jacques Barzun y otros han lamentado una creciente tendencia “demótica”—es decir, una situación en que el peso de la mediocridad o de la vulgaridad se hace sentir más y más en las decisiones que nos atañen. Y no sólo es importante el equilibrio entre el experto y la voluntad de los gobernados: no cabe duda de que también es importante que el poder del individuo sobre sus propios actos no sea avasallado – ni por el gobierno ni por la comunidad.

Pensaba Tótila Albert que nuestra sociedad arcaica, anterior al período matrístico, fuese en esencia un “filiarcado” en el que predominaba no sólo la voluntad de los jóvenes sobre los ancianos, sino la fuerza y la autoafirmación del individuo por encima de la tradición y la tribalidad. Y sería también un filiarcado el sueño de anarquistas como Kropotkin y Bakunin, que confiaban en que la autoridad de las personas sobre su propia vida redundaría en un equilibrio social y no en el caos imaginado por los partidarios del control autoritario y represivo.

Bien pudiera ser que en una sociedad de seres despiertos, la regulación orgánica colectiva permitiera que el autogobierno de cada cual resultase en un magnífico concierto – pero hablar de seres despiertos, sanos o completos, es ya hablar de tri-cerebrados. Sólo en un mundo así la voluntad de cada uno sería congruente con los dictados del amor y de la sabiduría, y ello llevaría a redes de solidaridad y de autoridad funcional, a través de las cuales la anarquía redundaría espontáneamente en heterarquía: heterarquía entre lo anárquico, lo jerárquico y lo democrático.

Pero a propósito de lo democrático debemos tener presente que la única democracia relativamente participativa que hemos conocido en el mundo civilizado ha sido la de los atenienses – que fue posible porque los que entonces deliberaban en el ágora eran suficientemente pocos como para conocerse.

Naturalmente las naciones requieren, por su tamaño, de democracia representativa, pero ¿a qué puede llegar la democracia cuando los candidatos están sujetos a compromisos políticos cuando no a presiones económicas?

Me parece que en vista de la necesidad de canalizar eficientemente la voz de la comunidad, las naciones soberanas resultan un gran obstáculo, y que la única virtud del actual imperio transnacional tal vez sea que nos libere del poder y de los vicios de los gobiernos locales. Sólo falta que los ocultos “co-emperadores” decidan usar su poder en un sincero servicio del bien común.

Nuestro presente estado político podría describirse como de gran debilitamiento del aparato político de las naciones, que nos está trayendo problemas al no existir un balance entre el mundo empresarial y la autoridad política tradicional. Es de esperar que esta triste situación dé paso a otra en que la voz de los muchos encuentre una nueva forma de hacerse oír – cual sería el emerger de una verdadera democracia participativa. Hasta cierto punto podemos decir que se esboza este desarrollo con la proliferación de organizaciones no gubernamentales, a través de las cuales la ciudadanía intenta atender a las necesidades sociales, ecológicas y otras que los gobiernos descuidan, pero el poder económico limitado de tales instituciones limita correspondientemente su efectividad. Tal vez sea concebible que algún día emerjan unidades pequeñas de autogobierno--comparables a las antiguas ciudades-estado—de cuya coordinación y federación en unidades geográficas mayores (hoy en día más fácil por el progreso de la cibernética y de las comunicaciones) surja una nueva forma de expresión de esa voluntad popular que se requeriría como contrapunto o armónico complemento al buen liderazgo y a la libertad ciudadana.

Para quienes se encuentren ante la responsabilidad de pilotar en el futuro nuestra “nave espacial tierra” y se interesen en consultar un mapa, así como para quienes trabajan en la formulación de tales mapas, he querido contribuir con esta idea tan simple de que nuestra transición deba ser el pasar, en esencia, de una tiranía encubierta tras la retórica de la democracia, a un gobierno en el que operen en el mundo de forma equilibrada los sabios, la voz de la comunidad y la capacidad de auto gobierno-- requerido

por el respeto a la individualidad. Para una mejor comprensión de este pensamiento me permito citar un acercamiento histórico al mismo tema en un pasaje de mi libro aún inédito “*el problema de la civilización*”:

Si la sociedad patriarcal supone una condición jerarquizada presidida por la institución del Estado -esto es, el control de los individuos y de los grupos por unos pocos más expertos y, en el mejor de los casos, mejor dotados (en tanto que las culturas matrísticas se han caracterizado por el control que ejerce la comunidad o clan sobre el individuo), podemos pensar que en los tiempos del nomadismo arcaico y filio-céntrico de los recolectores predominó el control del individuo por sí mismo, con una relativa independencia de vínculos grupales y exclusión de cualquier régimen político de autoridad.

¿No podemos, entonces, concebir la alternativa al régimen patriarcal como uno en el que se dé una relación *heterárquica* entre estos aspectos de la vida política—tanto a nivel intrapsíquico como familiar y socio-cultural?

Bien conocemos la exageración problemática de la autoridad central a través de nuestra larga historia en las dictaduras, y podemos imaginar lo problemático de la dictadura de grupo-- tanto en la propuesta marxista de una dictadura del proletariado como en la situación de las culturas matrísticas-- que nuestros antecesores prefirieron relegar al pasado. Igualmente, nos son familiares las connotaciones negativas de la palabra “anarquía”, que ha venido a significar algo semejante a caos. Pero no menos familiares nos son los aspectos positivos de las tres formas de gobierno. Aquel de la propuesta autoritaria nos lo revela la misma palabra “*jerarquía*”—que alude a sacralidad, en tanto que el de la propuesta democrática de “gobierno del pueblo por el pueblo” se ha tornado en nuestro ideal contemporáneo, y la propuesta libertaria y anarquista de autogobierno anárquica fué—dicho sea de paso—la visión de los profetas que concibieron el “reino de Dios” como uno en que ninguna autoridad se

situaría en competencia con la voluntad divina.-- que los individuos sabrían reconocer en sus corazones.

Así como ya la jerarquía estructural del sistema nervioso, en que los centros superiores controlan a los inferiores, el intelecto guía normalmente la acción y la corteza prefrontal controla hasta al intelecto, parecería que un régimen social sano no debería ser tan fanáticamente democrático como para desterrar el principio de autoridad; y me parece igualmente obvio que aún el equilibrio entre el gobierno central (ya se trate de grupos, escuelas o regiones), y el gobierno democrático de la comunidad sería una aberración si se viese el individuo aplastado por esta combinación de sollicitaciones desde “arriba” y desde el entorno. Es necesario, pues, guardarse de tal aberración a través de un modelo teórico que contemple un sano individualismo; es decir, uno que contemple cierta dosis de autoridad del individuo sobre su propia vida.

Una vez que tal visión de la sociedad sana nos proteja no sólo de las dictaduras militares sino de las de la opinión pública o de las leyes del mercado, está claro que la libertad comprenderá dos diferentes dimensiones: la liberación del “niño interior” que opera en cada uno de nosotros a través de nuestra capacidad de auto-regulación orgánica (que va desde la sabiduría del cuerpo a la del instinto y a la intuición que nos permite seguir nuestras más sutiles voces interiores) y la liberación de esa “voluntad popular” que a su vez expresa nuestro sano sentimiento fraternal y solidario.

Hasta aquí mis variaciones en torno a la visión albertiana de un “equilibrio de los tres”, y sólo me resta proponer que es en tal equilibrio que reside y a través del cual se expresa eso que llamamos espiritual- o divino. O, para decirlo de otra manera: cada una de nuestras personas interiores es divina, pero su carácter sagrado se nos oculta cuando el régimen de tiranía interior de la sociedad y de la mente patriarcal denigra en nosotros el aspecto animal o instintivo, esclaviza al aspecto materno amoroso, y convierte al aspecto

cognitivo de nuestra mente en una monstruosamente insensible máquina de pensar.

Hoy sabemos que la facultad integrativa que puede ejercer un control inhibitorio sobre cada uno de nuestros cerebros es algo así como un cuarto cerebro, pues descansa en una región precisa de la corteza cerebral: el área prefrontal—que se extiende de la región del mítico 3er ojo de la iconografía religiosa hacia la base e interior del cerebro—hasta encontrarse con el cerebro límbico. Pero en términos fenomenológicos, podríamos decir que esa “voz” en nuestra vida interior que puede poner armonía entre las relaciones de padre, madre e hijo no es propiamente una voz sino un silencio. Es a esto que he querido aludir al anunciar estas páginas con una referencia a un “modelo piramidal” de la conciencia. Si visualizamos una pirámide de base triangular, podemos decir que los tres ángulos en su base, apoyados sobre la tierra, corresponden a algo identificable—a saber, a nuestros cerebros o personas interiores. El vértice, en cambio, alzándose por encima de la existencia concreta, es pura trascendencia, o (para decirlo de otra manera) pura nada. Es la nada a través de la cual podemos llegar a ser personas enteras; la nada que nos permite suficiente desidentificación respecto a cada uno de nuestros “centros”—pensante, emocional y volitivo—como para que éste no se erija en un pequeño dictador que se alza por encima de los demás, rompiendo la unidad de nuestra psique. Y sólo aprendiendo a vaciar nuestra mente—o desidentificándonos de sus contenidos a través de la práctica del desapego que implica la meditación podemos trascender el pensamiento compulsivo, serenar nuestras pasiones y a la vez liberarnos de la obsesiva búsqueda de placer y la igualmente obsesiva evitación del dolor que caracterizan a la mente ordinaria.